

acababa de distinguir al caballero Sin Nombre que salía de la farmacia.

Dejaronlo que siguiera adelante.

— Sigámoslo! ordenó el enano paralelepípedo con cinco patas.

V

LA BARONESA DE AQUILA

— Hola! Schlick!

Era el caballero Sin Nombre que después de haber atravesado todo aquel barrio oscuro y solitario que va desde el Danubio hasta la Augastein, acababa de llamar un simón parado en la esquina de la Wallensteinstrasse.

Sin duda conocía al cochero, pues lo llamaba por su nombre.

Por lo demás Schlick era muy conocido en Viena. Era un cochero silbador de primer orden... de primer orden como silbador. Y cuando alguien tenía la buena fortuna de hallarlo desocupado, nunca escogían á otro. Tenía especial cualidad de amenizar el paseo y siempre os conducía á los buenos lugares, es decir, á los lugares de diversión. La « alta juerga » que congrega en Viena á príncipes y mujerzuelas tratábalo más como á amigo que como á criado y sucedíale que cuando conducía á alguna chica de la vida alegre ó á algún archiduque al Kriau, por ejemplo, que es en el Prater lo que el Pré Catelan en el Bosque de Bolonia, tomaba parte en la

fiesta; entraba en la danza; mezclábase á la zarabanda que despertaba con su loca bacanal nocturna los ecos campestres de aquel barrio de orgía.

Como es de suponerse el coche de Schlick no era un coche vulgar. Muy al contrario era uno de aquellos vehículos extraordinarios que se pagaban muy caro y que se llaman en Viena « confortables » y corresponden á los « isvois » de lujo de San Petersburgo y á los carruajes *chics* de París.

Schlick, que era un mozo alto y fornido, de buenos colores, avanzó hacia el sujeto tan singularmente envuelto en la capa que le llamaba.

— ¿Estás libre? preguntó el sujeto.

Como era época de disturbios populares y que Schlick era persona prudente, desconfió:

— ¿Quién sois, interrogó, vos que conocéis mi nombre?

El sujeto contestóle:

— ¿Qué te importa?... *Son las dos y cuarto!*

Schlick subió al pescante sin pedir más explicaciones y el sujeto subió al coche, instalóse confortablemente en los cojines y luego tomó la bocina acústica y ordenó:

— A casa de la baronesa de Aquila.

El « comfortable » partió como una flecha...

Juanillo se había agarrado ya de los resortes y Magno, siguiendo su vieja costumbre, hacía de quinta rueda.

El coche descendió hacia el Ring dando vueltas y revueltas y evitando todo contacto con el terrible populacho que parecía salido como por encanto de debajo de la tierra, grupos de demonios que corrían en todas direcciones llevando antorchas amenazantes y que parecían listos á prenderle fuego á aquel rincón de la capital.

Schlick llegó sin tropiezos hasta la esquina que forman la Praterstrasse y la Circusgasse. Allí se destuvo ante una construcción moderna de arquitectura chilona.

El caballero Sin Nombre se apeó, ordenó á Schlick que le esperara y sin golpear á la puerta cochera penetró por una puerta falsa cuya llave poseía.

En aquel momento la casa se hallaba casi abandonada. La familia de Aquila se hallaba aún en Trieste. Sólo la baronesa, con una dama de compañía, había permanecido en Viena.

El caballero Sin Nombre subía por una pequeña escalera de servicio que conducía al aposento de la baronesa, en tanto que Juanillo y Magno subían por la escalera de honor.

¿Por dónde diablos se habían colado á la casa? Misterio, gimnasia, desarticulación y tragaluz!

— Es en el segundo piso, dijo Magno en voz baja.

Desde la calle se veía luz en la última ventana de la calle.

Detuviéronse en el segundo piso y escucharon. No se oía ningún ruido. Todas las puertas estaban cerradas con llave y tenían echado el cerrojo.

Magno se arrancaba los cabellos con sus tres manos.

— Daría lo que tengo de máspreciado en el mundo, mi tercera mano, por saber quién es ese sujeto: es asunto de vida ó muerte para nosotros...

— Sobre todo de muerte, replicó Juanillo. Hace un rato intenté envenenarme.

De pronto, iluminado por súbita idea, saltó sobre sus tres manos y bajó la escalera en forma de rueda. Juanillo abrió las grandes tenazas de sus piernas y siguió tras él. Bajaron casi hasta los subsuelos por donde habían entrado y llegaron hasta la cocina cuyo tra-

galuz les había franqueado el paso. Aquel tragaluz daba sobre la Circusgasse y Schlick había detenido su coche frente á la puerta de honor, en la Praterstrasse.

Nadie les había visto ejecutar sus piruetas.

— El sube platos! exclamó Magno.

Y sin más preámbulos instaló en la caja cuadrada su paralelépedo y sus cinco patas suplicando á Juanillo lo hiciera subir hasta que él le ordenara suspender por medio de un tirón á la cuerda.

Juanillo dió principio á la maniobra y se encumbró el sube platos atravesando primero un corredor, luego, en el primer piso una despensa y en el segundo un gabinete de tocador. En cada piso empujaba Magno las puertecillas para ver los lugares por donde pasaba, débilmente iluminados por la luz de afuera. En el segundo piso advirtió que el gabinete-tocador recibía el reflejo de una luz bastante viva que venía de la pieza contigua. Magno dió orden de detener. Bajóse tranquilamente del sube platos y arrastróse como un cangrejo de mar hasta el umbral de la pieza.

Allí hablaban dos personas.

Acostada en un sofá se hallaba la baronesa de Aquila.

Aquella mujer era una joven: sólo contaba diez y ocho años, mas parecía de veinticinco, debido á la esplendidez de su belleza. Era alta, esbelta, hermosísima, de senos provocadores, tez de rosas, magníficos cabellos rubios y hubiera sido sin duda la vienesa perfecta á no tener aquellos espléndidos ojos negros, ya voluptuosos, ya duros, que daban á toda su belleza rubia una originalidad y un sabor de extraña seducción que rara vez poseían las mujeres de Austrasia.

La baronesa de Aquila pertenecía á una familia recibida en la sociedad más encopetada de Viena. La joven

era muy cortejada y había rechazado todos los partidos: era muy ambiciosa y había consentido en ser la querida del Archiduque Adolfo como único medio para llegar á ser su esposa.

Emperatriz! Eso había soñado!

El archiduque habíale dicho:

— Compartirás el trono conmigo.

Ella había dado crédito á esas palabras y se le había entregado, no obstante que el archiduque estaba casado. Mas no importaba puesto que existía el divorcio y existía el papa.

¿ En qué circunstancias conoció al archiduque? Un día en que se paseaba á caballo por el Schönbrunn encontróse con una vieja bohemia que la detuvo para decirle la buena ventura.

Dijole la hechicera que llegaría á ser reina si tomaba enseguida el camino que conducía al palacio.

— ¿ Y cuando me halle ante la verja del palacio qué debo hacer? preguntó riendo.

— La franquearás.

— ¿ Pero y si está cerrada?

— Te la abrirán.

Fuése la muchacha hacia el palacio de Schönbrunn á donde llegó en el momento preciso en que salía el archiduque Adolfo, también á caballo.

Saludó y él contestó el saludo.

Mas como la muchacha permaneciera frente á la verja cerrada, el archiduque, atónito ante aquella belleza soberana, preguntóle qué deseaba.

Respondió ella que venía á Schönbrunn en busca de un rey.

— ¿ Con qué objeto? preguntó el príncipe.

— Para casarme con él! contestó la joven y relatóle el encuentro con Giska, la campesina de la Selva Negra.

El príncipe y la joven pusieron á festejar la aventura y así se hicieron amigos. Luego la casualidad ayudada maravillosamente por el camarero particular del emperador, Ismañ, en quien el archiduque Adolfo tenía entera confianza, hizo que se reunieran á menudo el archiduque y la joven baronesa. Amáronse primero en secreto, mas luego Viena toda lo supo. Por un momento pensó la alta sociedad en cerrar sus puertas á los Aquila, mas la joven no tuvo temor en mostrar lo que se hallaba al final de su aventura : el trono.

Entonces, una vez que hubieron reflexionado, resolvieron cerrar los ojos en vez de cerrar las puertas.

En la corte aquello fué una nueva tragedia. ¿En qué punto se hallaba? Vamos á verlo.

Frente á la baronesa de Aquila que permanecía acostada en el sofá, hallábase un sujeto de pie y aquel sujeto se había quitado el disfraz.

Magno se estremeció, pues había reconocido al « infiel. » Era él sin duda alguna... Era el hombre que conocía el secreto de la Reina del Aquelarre, cuando precisamente el mismo Magno lo ignoraba. Era él, el ser misterioso que se había impuesto la misión de entrarles la que ellos se vieron forzados á aceptar tan solemnemente. Era la sombra errante que había perseguido al través de Europa y que por último había perdido de vista en momentos en que hallaba de nuevo la del « Dios rubio » en el propio corazón de la Selva Negra!... Y después todo había desaparecido : « Infiel », « Dios rubio! »... Mas en medio de aquellas espesísimas tinieblas, en el seno mismo de aquella extraña fantasmagoría en que parecía que se agitaban demonios en pos de extravagantes fantasmas, una palabra había venido á concretar la realidad : « Viena!... » Sí, una plática entre el « infiel » y un fabricante de esmaltes de

fantasía para relojes, habíale hecho conocer á Magno que la capital de Austrasia debía ser tanto para la Reina de Aquelarre como para el propio « infiel » el fin y coronación de tan fantástico viaje.

Ya sabemos lo ocurrido á nuestros dos bohemios durante su permanencia en Viena. Después de haber perdido la pista de la Reina del Aquelarre, viéronse obligados á ocultarse. Magno no se habría atrevido á ejercer su oficio y mucho cuidado puso en no mostrarse en la feria del Prater pues temía por sobre todo que el viejo Omar le enviase una misiva preguntándole qué había hecho de su reina Stella, más ó menos en el mismo tono en que Dios preguntó á Caín qué hizo de su hermano Abel!

Pero en todo caso por fin tenía enfrente al « infiel » y lo escuchaba!... pues Magno hablaba el alemán como el propio enano Reinhold.

Y he aquí lo que decía el « infiel » :

— Todo ha terminado, señora... No queda ninguna esperanza!

— Explicate, Ismañ... estoy resuelta á todo, repeta la baronesa, más blanca que las sábanas de su lecho.

— El mensaje que envió el Archiduque al papá no era más que una comedia. Su Alteza sabía perfectamente que Su Santidad no estimaría conveniente intervenir en el sentido que le indicaba. La respuesta del papa, en cuanto á lo del divorcio, llegó hace ocho días á Viena y fué transmitida al emperador por el antiguo deán de los capuchinos y su propio confesor. Su Majestad se encolerizó al conocer el asunto y mandó llamar al príncipe heredero.

— Sé, interrumpió la joven con voz que en vano trataba de dominar, pues á pesar suyo se le imponía la agitación interior... sé muy bien que se produjo una

escena terrible : el príncipe, llamado por su padre, fué introducido solemnemente al gabinete imperial. Allí se hallaban reunidos en derredor del emperador, el cardenal-arzobispo de Viena, el presidente del consejo de ministros y el ministro de Relaciones Exteriores.

« Sobre el escritorio de Su Majestad se hallaba extendida la carta que dirigió Adolfo al papa.

« El emperador manifestó su voluntad : dijo textualmente que prefería ver á su hijo muerto antes de que una aventurera ocupara el trono de Austrasia!

« El archiduque respondió á su padre con escaso respeto.

Tanto en uno como en otro era terrible la ira, cuyas explosiones se oían al través de las puertas dobles.. La entrevista duró una hora larga... Adolfo salió de allí pálido, con los rasgos desvastados, las manos temblorosas. Cerró las puertas con violencia y dirigióse hacia sus aposentos tambaleante como un ebrio. Un cuarto de hora más tarde halláronlo totalmente sin sentido (1) en su gabinete de trabajo. ¿Pasaron así las cosas realmente?

Ismaíl había escuchado en silencio á la joven; cuando ésta hubo terminado, díjole :

— Exactamente, con excepción del desvanecimiento, y por ese relato reconozco la excelencia y la presteza de los datos del reverendo padre Rossi que os quiere bien y está servido con fidelidad por Franz Holtzchener... Mas no obstante existe un pequeño detalle que ellos no conocieron y que vos ignoráis aún. Permittedme, pues, que complete la historia.

(1) Respecto del drama de Meyerling leerlo tal como ocurrió en Austria según lo cuenta M. Weindel en su libro *Francisco José íntimo*. Aun allí encuéntrense muchos puntos de contacto entre la historia austriaca y la novela austrasiana.

Ismaíl guardó silencio durante un momento y luego prosiguió.

— Su Alteza, señora mía, al entrar en sus aposentos, no perdió el sentido y muy al contrario recibió casi enseguida la visita de Su Majestad á quien dió las gracias de rodillas por haberlo ayudado á desembarazarse de una aventura que habría podido entregar el trono de Austrasia á una aventurera...

Al oír aquellas palabras irguióse la baronesa de un solo impulso y su semblante antes pálido y deshecho cobró un aspecto tan terrible que el enano Magnó retrocedió con todas sus cinco patas.

Fulminó con sus ojos á Ismaíl que á pesar de eso no bajó la vista. Hízole señal de que continuase pues no le era posible articular palabra.

Ismaíl prosiguió :

— El príncipe suplicó á Su Majestad que ya que tanto había hecho por él, le ordenara abandonar inmediatamente el territorio del Imperio acordándole una misión oficial á bordo de algún buque del Estado donde estuviese al abrigo de toda tentativa de acercamiento con la baronesa de Aquila... Aquí tengo la orden y tengo misión de entregarla esta misma noche á Su Alteza.

Ismaíl tendióle un pliego sellado con las armas del emperador.

La baronesa tomólo y abriólo con manos horrorosamente temblorosas...

Leyó en voz alta :

« Parte I... Parte enseguida!... Francisco. »

Desgarróla y por último encontró fuerzas para decir estas palabras con los dientes apretados y los labios exangües :

— ¿Y la escena?... ¿la terrible escena que se desarrolló en el gabinete del emperador?

— Comedia pura! replicó Ismaïl con frialdad. Comedia urdida en honor vuestro entre Su Majestad y Su Alteza.

— Y si por casualidad te engañases, desdichado !... Ismaïl! Ismaïl! precávetelo... Si te hubieses engañado !...

El sujeto avanzó hacia la baronesa jadeante y díjole cara á cara :

— Oí perfectamente que Su Alteza decía á Su Majestad : *Hace mucho tiempo que me carga la Aquila!*

La joven llegóse á una mesa tocador con gestos de autómeta y tomó un frasco de sales que aspiró. Permaneció inmóvil durante un instante, tan erguida y tan extática que parecía una fría estatua de mármol. Luego, cuando se volvió hacia Ismaïl, estupefacto á éste último con la suprema tranquilidad de su actitud formidablemente calmada y serena.

— ¿Por qué lo traicionas? preguntóle ella.

— Porque él os traiciona á vos, respondióle.

— ¿De manera que me amas?

— *Hasta que él muera!*

Lanzóle una extraña mirada á aquel criado, mirada de ama á esclavo, ante la cual Ismaïl se estremeció y se inclinó humildemente.

— ¿Dónde vas á encontrar á Su Alteza? interrogó ella mirando hacia otra parte...

— En Mayerling. Hoy hay cacería y esta noche fiesta íntima. El príncipe de C..., asistirá. *Su Alteza festeja su partida.* Han mandado llamar chicas de la Kriau.

— Ismaïl, un coche!... Pronto!...

— Schlick está abajo!

— Magnífico, dijo ella y llamó á su camarera.

VI

MAYERLING

Ya el enano Magno había vuelto á reculones hasta su sube platos, lo había hecho funcionar por sí propio contentiendo con las tres manos la cuerda que lo bajaba y se las compuso tan prudentemente que no hizo ruido alguno. Llegó á la cocina tan silenciosamente que Juanillo, aun en el subsuelo, no lo sintió llegar.

Juanillo había decubierto « un fiambre » en un bufete y habiáele llamado la atención, mas como las terribles emociones que había experimentado le habían quitado el apetito, no tocó la rica carne fría y el hermoso pollo dorado que en otras circunstancias habrían excitado su codicia; contentóse en esta ocasión con guardar tranquilamente bajo su americana el plato de plata.

Se estaba abotonando el último botón, cuando Magno le cayó entre las piernas.

— Arriba!... dijo el enano... Adelante, que apenas tenemos tiempo!...

Y trepándose como un insecto gigantesco por sobre las piernas y el cuerpo de Juanillo llegó hasta el tragaluz por el cual los dos compadres salieron de nuevo á la calle.

Magno corrió hasta la esquina de la casa. Allí estaba todavía Schlick con su « comfortable ».

— No te ocupes en absoluto de ese cochero ni de nadie que no sea « el infiel », dijo el enano á Juanillo. Dentro de un momento va á salir. Ya que lo tenemos es preciso no perderlo. Sin duda presenciarás cosas terribles que me contarás después.

— Pero ¿y vos, á dónde vais? interrogó Juanillo con inquietud.

— No te preocupes, respondióle Magno. Bástete saber que no voy á perder el tiempo.

Y haciendo uso de todas sus patas, desapareció por la esquina del Karl Theater.

Juanillo apenas tuvo tiempo de volverse.

En la acera hablaban en voz bajo Schlick y el « infiel »; luego este último se alejó apresuradamente. Juanillo se lanzó tras él y vióle hacer algunos desvíos para evitar los barrios en que la policía del Señor de Riva había organizado el desorden á la perfección. Por último encontró un simón que llamó.

Oyó Juanillo que le decía al cochero esta palabra:

— *Sudbahnhof!*

Lejos se hallaba el lugar donde se encontraban de la Estación del Sur. Juanillo, incomodado por el plato de plata apresuróse á ocupar su puesto favorito en los resortes traseros del coche.

Al pasar por la Wienerhauptstrasse ordenó al sujeto del coche que se detuviera en un almacén de cuchillería de lujo. Allí entró, tomó una caja de navajas barberas (1) ya listas, pero que hizo afilar cuidadosamente en su presencia.

Y tomaron de nuevo el camino de la estación. Allí

(1) En la investigación que se hizo en Austria respecto del asesinato del Archiduque Rodolfo figuraron navajas barberas compradas por orden de la baronesa de Vetschera la víspera del drama de Meyerling.

pidió Ismail un billete para Baden, subió en un compartimiento de primera clase, se apeó en la estación indicada en el billete, salió de la estación, tomó uno de los raros coches que esperaban é hizo conducir á Meyerling. Varias veces asomó la cabeza por una de las puertezuelas del coche y luego subía la vidriera. A cada momento inspeccionaba el camino que iba dejando tras de sí. Obraba como si temiese que le siguieran los pasos ó como si aguardara á alguien.

En un momento dado, ya cerca del lugar de cita de la cacería, detuvo al cochero, lo pagó y se apeó.

Esto ocurría en un sendero campestre cuyo centro estaba ocupado por una cabaña abandonada. Ismail llegóse hasta la puerta de la cabaña, inclinóse profundamente y entró!

Pocos instantes después aparecieron dos formas humanas en el umbral de la puerta: era una la del fiel servidor del Emperador; erguida, muda é inmóvil era la otra ante la cual se postraba Ismail.

Casi inmediatamente turbó el silencio nocturnal un ruido de carruaje que se acercaba, tirado con gran rapidez por dos caballos jadeantes.

Levantóse Ismail y mostró con la mano el coche que pasaba; era el de Schlick conduciendo á la baronesa de Aquila al lugar de cita de la cacería de Mayerling, donde nadie la esperaba.

El castillo distaba doscientos metros de allí.

Cuando Schlick se halló á cincuenta metros del castillo recibió orden del viajero para que detuviera sus caballos.

Apeóse la baronesa y á una señal que hizo á Schlick, éste tomó de nuevo el camino de Viena.

En cuanto á ella, envuelta en sus amplias pieles, dirigióse con lentitud hacia el castillo. La noche era oscura y el cielo no lucía ninguna estrella.

Al través de las persianas cerradas del primer piso escapábanse algunos rayos de luz que eran los únicos que iluminaban las tinieblas.

La sombría viajera oyó algunos sonidos de voces.

Durante un instante creyó reconocer la risa histérica del archiduque heredero. Acercóse á la verja.

Mientras así erraba por frente á la entrada principal del castillo, agitando en su mente los más terribles pensamientos y quizás titubeando aún ante la monstruosidad de su propósito, hallábase Ismail frente á la puerta de la servidumbre. Disponíase á franquearla cuando dió un brusco salto hacia atrás: algo acababa de pasarle por la cara y había caído sobre el suelo con sonoridad extraordinaria. Inclínose y recogió un plato.

— Vaya!... dijo. Un plato!... Un plato que cae del cielo!... Levantó la cabeza para escrutar el espacio oscuro y el techo del castillo, mas como nada advirtiera, penetró con su plato.

Juanillo subido sobre el techo del castillo (1) no advirtió, mientras escalaba una gotera, que se le había caído el plato y continuaba buscando su camino. El camino que ansiaba hallar Juanillo en un techo era sin duda una chimenea.

Eran las chimeneas para Juanillo, los que el agua al pez. La naturaleza lo había construido de tan curiosa manera, alargado, flexibilizado, quebrado, enflaquecido que parecía uno de esos boas llamados constrictores y le era permitido pasearse por todas partes, inflándose y desinflándose á su guisa; también el anhelo que desde pequeño acarició Juanillo de ganarse honradamente la vida actuando de fenómeno, hábalo incitado,

(1) El pequeño castillo de Mayerling, lugar de cita en las cacerías, fué transformado, después de la muerte del archiduque Rodolfo, en convento.

desde su más tierna edad, á completar la obra de la naturaleza con toda clase de ejercicios y viajando por los senderos más estrechos y más en zig-zag.

Juanillo decidió penetrar en la vivienda donde « El Caballero Sin Nombre » parecía tener algo misterioso que hacer.

El joven quería saber por fin á qué atenerse respecto del singular personaje que tanto interés había mostrado en hacerlo desaparecer y que no había dudado en darle orden á Málaga de que lo envenenara!... Quizás llegaría á saber quién era « el infiel », y por último Magno le había recomendado no perdiera de vista á esa sombra por ningún motivo.

Una chimenea!... y una chimenea que no echa humo!... Una chimenea fría!... Ya está adentro Juanillo; empieza el descenso con cautela entre la oscuridad y el ollín... Se detiene... tantea... bifurcación de tubería; dos gruesos tubos se separan, uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha. Cuando Hércules se halló colocado entre el vicio y la virtud no se encontró tan embarazado como Juanillo entre los dos tubos. Por último decidió entregarse á la casualidad... empezó á arrastrarse horizontalmente durante un momento... luego verticalmente y después oblicamente y luego otra vez verticalmente... Por último sintió el vacío bajo sus pies; pudo agitarlos libremente, mientras permanece con el resto del cuerpo dentro del tubo... y luego cayó súbitamente... en el fondo de un amplio calorífero... uno de esos enormes caloríferos, verdaderas casas que los esclavos y algunas veces los alemanes destinan para calentar varios aposentos á la vez sin necesidad de renovar el combustible durante días enteros.

Aquellos caloríferos, generalmente fabricados en fayenza, se colocan en la intersección de tres ó cuatro

piezas y en cada una de esas piezas se abre una puertezuela de hierro ó de hierro colado que tapa el brasero ó lo descubre, según la voluntad del morador.

Desde la última cacería del invierno no encendían el calorífero y una vez llegada la Primavera, permanecía apagado.

Juanillo hallábase allí á las mil maravillas y cada una de las puertezuelas podía servirle de ventana. ¡Estratégico punto de observación para una mirada curiosa!

Juanillo empujó con mil precauciones la primera puerta de la derecha y se había acostado en forma de ovillo en el fondo del brasero y había colocado la cabeza al nivel de la puerta ventana, pudo ver un cuarto amoblado con sencillez. En el medio se veía una cama de cobre ya arreglada para recibir al ocupante; sobre una cómoda se hallaba abierto un amplio saco de viaje junto al cual reconoció Juanillo, abierta también, la caja de navajas barberas que le vió comprar al « Caballero Sin Nombre » en el almacén de la Wienerhauptstrasse.

Sobre la cómoda había un retrato del emperador; y sobre la chimenea chisporroteaban dos antorchas. Frente á la chimenea habían colocado un diván.

La pieza estaba solitaria.

Juanillo cerró esa puerta y trató de abrir la de enmedio que halló cerrada al exterior, pero que logró abrir sirviéndose de la hoja de su cuchillo, operación que ocasionó un ligero ruido y que pareció turbar singularmente al sujeto que distinguió Juanillo frente á él, solo en la despensa á donde daba esa puertezuela del calorífero.

El joven reconoció inmediatamente al « Caballero Sin Nombre » á pesar de que éste se había desembarazado de su capa y de su barba postiza y de fodo su disfraz :

mas no había podido cambiar de frente, esa frente de « infiel » sobre la cual veía los cabellos cortados al rape, que había impresionado para siempre al aprendiz de Bautista la noche en que lo vió por primera vez en las Tres Marias del Mar.

Al oír el ligero chirrido de la puertezuela de hierro, se estremeció Ismaíl, pues ese ruido insólito venía á distraerlo de una ocupación particularmente delicada que estaba ejecutando y que ya casi terminaba. El camarero de confianza del emperador vertía gota por gota, en los frascos de licores que cubrían la mesa, el contenido de la minúscula bola de cristal que le había dado Málaga en presencia de Juanillo. Volvió la cabeza con lentitud y examinó atentamente todos los objetos que lo rodeaban. Sin duda creyó que había sido víctima de una ilusión pues puso de nuevo manos á la obra, que no duró mucho tiempo. Una vez que hubo vaciado la bola de cristal buscó manera de desembarazarse de ella y advirtiendo que estaba abierta la puertezuela del calorífero, arrojóla allí con extremada violencia y cerró la puerta con el pie, haciendo bastante estrépito.

Juanillo recibió la bola en el ojo. Por de pronto se apoderó de él un gran terror y frotóse el párpado con fuerza mientras pensaba :

— A pesar de que el Señor Málaga aseguró que no era mortal, no me gusta que me caigan en los ojos sus medicamentos.

No obstante Juanillo estaba contento y sentía tranquila su conciencia de hombre honrado al recordar la frase tranquilizadora de Málaga sobre las consecuencias que pudiera tener la absorción del líquido contenido en bola de cristal. Si no hubiera sido por eso, con sólo el aire siniestro que advirtió en el « Caballero Sin

Nombre » mientras terminaba su pequeña operación, el joven habría creído que se trataba de algún preparativo de envenenamiento y el menor sentimiento humanitario le habría ordenado presentarse é intervenir, lo cual no habría pasado sin serios inconvenientes para el ex-aprendiz relojero.

Contentóse con lanzar desde el fondo del corazón y de su calorífero un suspiro que decía mucho respecto de sus sentimientos íntimos al pensar en la extraña existencia que le había deparado el destino y fué á asomar la nariz por la tercera puertezuela.

Abrióla con más precauciones que las otras dos, pues desde que se hallaba en el calorífero no había cesado de oír en esa dirección algazara gozosa que anunciaba amable y alegre sociedad.

— Ah! exclamó Juanillo, al abrir la tercera puertezuela... Hermosas mujeres!... Pero van á resfriarse!...

Con efecto, las dos damas que acababa de distinguir frente á él estaban tan escotadas que la menor corriente de aire habría sido capaz de resfriarlas. Mostraban las gargantas completamente á descubierto. Juanillo no había frecuentado nunca el gran mundo, pero aunque había oído decir que en las comidas imponía la moda que las invitadas mostrasen los hombros, asombróse prodigiosamente, pues nunca se le había ocurrido que la moda hiciese descender los hombros tan abajo!

Aquello que causaba la estupefacción de Juanillo era, por el contrario, motivo de entusiasmo entre los convidados y como aparecía muy á las claras que estos últimos comparaban las dos gargantas sin poder decidir cual era la más hermosa de las dos, tal el pastor París en el monte Ida, resolvieron salir del embarazo propinándoles á ambas toda clase de galanteos.

— Eso es vergonzoso! exclamó Juanillo enrojeciendo

entre el ollín que le cubría la cara y pensó en la púdica Berta que á nadie mostraba su seno.

Era el final de una cena regocijada en que se agrupaban en derredor de la mesa, además de las dos damas mencionadas, tres caballeros. En la cabecera se hallaba el archiduque teniendo de lado y lado los senos desnudos que no parecían llamarle la atención. El hijo de Francisco y de la emperatriz Giselda, es decir, el príncipe Adolfo, tenía aspecto muy fastidiado, ese aspecto de los « juerguistas » que tanto se han divertido que parece, al mirarlos, que nada en el mundo podrá alegrar sus espíritus. Eran sus ojos dulces, tristes é inteligentes. No tenía Adolfo alma vulgar: gustaba de las artes y de los libros. Por razones de Estado había impuesto Francisco al joven un matrimonio ajeno á sus inclinaciones y sentimientos. Desde entonces sólo buscó el placer en la orgía. Quizás su aventura con la baronesa de Aquila habría podido salvarlo, elevándolo hasta el amor, mas aun allí tropezó con tantas y tan varias dificultades que le quitaron todo valor para vencer y por singular fatalidad debían precipitar su fin y consumarlo con muerte tan horrosa que hasta hoy la historia no ha osado registrar los detalles.

Junto á aquel melancólico convidado que parecía abortido en horrible pesadilla y que no lograba liberarse de ella sino durante breves instantes para recompensar alguna nueva excentricidad de sus amigos con una carcajada extraña que hacía estremecer á Juanillo en el fondo del calorífero, hallábanse en muy mala postura sus dos famosos compañeros de placer, el príncipe de C... y el conde H... totalmente abortos en la contemplación de sus vecinas, dos chicas galantes que hacían las delicias de la Kriau, lugar del

Prater donde parecía haber sentado sus reales la nocturna orgía.

Por último, frente al archiduque estaba sentada una joven, adornada con joyas singulares y extrañamente desvestida. Era la Tribaldi, cuya « danza de Salomé » la había hecho famosa en Viena. Tratábase en aquellos momentos en que se juzgaba peligrosa la pasión que experimentaba el archiduque por la baronesa, de inspirarle alguna inclinación por esa chica cuyo arte turbador y lascivo había puesto en movimiento á toda la capital. El príncipe de C... había recomendado á la joven artista que viniera á la cena vestida de Salomé y tal como se mostraba en el Teatro, es decir, casi desnuda con el pecho circundado por un cinturón de oro que pasaba por debajo de los senos y sostenía un velo transparente que no ocultaba ni el más mínimo movimiento de sus piernas admirables. El archiduque tenía ante sí aquella carne joven y ardiente sin aparentar haberse dado cuenta de ello. Por eso la Tribaldi permanecía muda entre las risotadas de los demás.

Juanillo, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba aún aquella escena y especialmente las tres damas que constituían su más bello adorno, cuando se abrió la puerta y apareció un criado trayendo los licores que reconoció el joven como siendo los que momentos antes había manipuleado « el infiel ». Tras del criado apareció el propio Ismaíl, que marchó en línea recta hacia el archiduque, se le inclinó sobre el hombro y pronunció algunas palabras en voz baja. Adolfo se levantó vivamente y abandonó el comedor seguido por Ismaíl.

Juanillo cerró su puertezuela de la izquierda y volvió á abrir la de la derecha, pues pensó con razón que hacia ese lado debía fijar su atención. Con efecto, el

cuarto ya no se hallaba vacío : frente á la chimenea permanecía una mujer de pie y envuelta en pieles; era su porte tan altanero que inmediatamente llamó la atención de Juanillo : « Esta no se parece en nada á las mujerzuelas de al lado... Es una gran señora. » Y como se hubiese volteado un tanto de su lado, pudo verle el perfil. « Cáspita! dijo Juanillo, cuán hermosa es! pero qué aspecto tan contrariado tiene! »

Entró el archiduque Adolfo y avanzóse rápidamente hacia la mujer con las manos extendidas.

Antes de que se hubiese pronunciado una sola palabra entre ellos, la gran dama se desembarazó de las pieles y apareció ante el archiduque y Juanillo en un traje de gala que la hacía irresistible. Sus hombros magníficos y su seno opulento estaban cubiertos de joyas. Aquella noche llevaba el famoso collar de diamantes que había producido un gran escándalo semanas antes en la comida de la Embajada de Alemania donde se hallaban Adolfo y la archiduquesa Sofia, la cual se levantó al ver en la garganta de una doncella un adorno que la etiqueta sólo tolera en las mujeres casadas. No ignoraba tampoco que aquella joven era la querida de su marido, lo cual doblaba el ultraje.

Peró Aquila siempre sacaba su cabecita adelante... aquella cabecita que esa misma noche cubría con una diadema...

Y en aquel momento presentábase ante su amante, con el mismo vestido, con el mismo aderezo que había causado la desesperación de la archiduquesa pero que había enloquecido al archiduque de tal manera que olvidándose de que representaba al emperador en aquella fiesta oficial, sólo se había ocupado de su querida...

— ¿Es cierto que estás hastiado de tu Aquila?... preguntó con tranquilidad.

— Oh! Mad!... exclamó el príncipe con voz apagada, cuán hermosa estás!...

— ¿Es cierto que ya no me amas?

— Mad, te he amado lo bastante para desear que fueses mi esposa, mas Dios me es testigo que ni Dios ni el papa lo han querido...

— Lo sé... lo sé... contestó la joven... conozco la respuesta de Su Santidad...

— Le supliqué á mi padre, Mad...

— También lo sé... Sé todo cuanto ocurrió...

— Si lo sabes, compadéceme, porque siempre te amo... Y acercósele, mas ella retrocedió.

— ¿Y ahora, Adolfo, qué piensas hacer?

Su voz era dulce pero temblorosa. El archiduque no sospechó cuanto furor contenido había en aquel temblor.

Sentóse como postrado en un rincón del sofá y suspiró :

— Me marchó!...

La baronesa no respondió al oír aquello.

Levantóse el príncipe con los ojos puestos en ella y por primera vez aterrorizóse al contemplarle la palidez del rostro y el fuego sombrío que ardía en sus ojos.

Tuvo una frase desgraciada, una de esas frases triviales que se pronuncian en la más trivial de las rupturas burguesas :

— Es preciso hacerse razón, Mad, yo volveré.

Ahucécáronse tan espantosamente los ojos de la Aquila que el archiduque comprendió enseguida la necesidad de hacer una enérgica protesta contra el destino que los separaba.

— ¿Qué puede la ausencia contra un amor como el

nuestro?... exclamó. Mira un poco lo que sucede, Aquila; fijate en la agitación del Imperio...

Y agregó en voz baja y miedosa :

— ¿Quién será el amo del porvenir?... Espera!

En el fondo sentíase extenuado por aquella escena. En aquel momento adoraba á su querida y al mismo tiempo deseaba que lo desembarazaran de ella. Estaba tan hermosa que deseaba poseerla *incontinenti*, pero sin explicaciones de ningún género. Y después, que se marchase!... ó más bien que lo dejara partir puesto que cualquier otra solución era imposible en aquella hora. Pensaba que ella habría debido comprender todo eso. En el fondo de sí mismo no se hallaba tan culpable para con aquella virgen á quien ofreció con gran tranquilidad elevarla hasta el trono á trueque de poseerla... ¿No había hecho acaso en ese sentido todas las diligencias necesarias? No habían surtido efecto y únicamente les restaba esperar...

— ¿Cuándo te marchas? preguntó ella.

— Mañana!... Es orden del emperador...

— ¿Y te marchabas sin volverme á ver?...

— Sí!.. Esperaba que no te volvería á ver antes de mi partida!... Comprendo tu cólera, Aquila, pero tú debes comprender mi pena... Te amo tanto!... Y además ¿para qué verte, si sólo tenía malas nuevas que anunciarte?... ¿Comprendes eso, mi Mad. querida?...

— Obráis con mucha delicadeza, silbó ella...

Aproximósele al archiduque y poniéndole una mano sobre el hombro, díjole con voz segura :

— Monseñor, sois un cobarde! mas yo os perdono. Me habéis engañado pero no os guardo rencor... Vais á partir y yo vengo á daros las gracias. Os he amado más que todo en este mundo y habéis creído ó os han hecho creer que obedezco á un cálculo abominable... Os traigo

hoy la prueba de que Aquila os amaba « por vos mismo. » Si no me amaseis, no podría dudar de que os agrado. Aquí me tenéis. Divertíos conmigo y partid mañana!

Y fuéase hacia el espejo donde trató de arreglarse un poco el peinado. El archiduque se hallaba tras de ella; las palabras que había oído resonábanle extrañamente en los oídos sin poder atribuirles un sentido tranquilizador. Acordábase especialmente de que sería suya una vez más; que cualesquiera que fuesen las circunstancias, no se negaría... Sólo comprendía eso porque el perfume que ella exhalaba le impedía comprender otra cosa. Y la palabra « cobarde » que lo había hecho palidecer ya no la recordaba.

Volvióse hacia él en momentos en que la besaba en la nuca.

— ¿Aquí se divierten? preguntó ella.

Y él respondió:

— Cenar!

— Vamos á cenar, pues!

— De ninguna manera, Mad... respondió él... El príncipe de C... y el conde de H... me trajeron unas chicas...

— ¿Y qué?...

— Pues que cenaremos aquí... los dos solos...

— ¿Por qué tal cosa?... Yo quiero ir á cenar con esas chicas!

— Aquila!

— ¿Por quién me tomáis vos, caballero? ¿Y acaso soy yo algo más que una mujerzuela?... ¿Queréis decirme qué habéis hecho de mí? Vamos, vamos, amigo mío, *es preciso hacerse una razón!*...

Y avanzó hacia la puerta del cuarto; el archiduque intentó aún contenerla:

— Aquila!... están ebrias!...

— Yo también me embriagaré!...

— Aquila!... están desnudas!...

La baronesa inclinó la mirada hasta su seno glorioso y díjole:

— ¿No me halláis suficientemente escotada?...

Y apartando á su amante, prosiguió con tono imperativo que no dejaba lugar á réplica:

— Lo quiero!

El príncipe siguió tras ella.

Juanillo, que había escuchado todo el altercado, contenía la respiración. Cerró la puertezuela de la derecha y abrió la de la izquierda. Al ejecutar el movimiento giratorio dentro del calorífero, lanzó una rápida mirada por la puertezuela de la mitad y pudo distinguir durante un momento al « infiel » que miraba cuanto ocurría en el comedor por la puerta entreabierta.

— Hola, hola!... esto se complica!... murmuró Juanillo.

É instalóse en el calorífero lo más confortablemente que pudo para asistir al desenlace de la representación.

Cuando aparecieron en el comedor el archiduque y la baronesa levantáronse todos los convidados y reconociendo á la querida del príncipe pensaron qué diablos podía significar tan extraña é inesperada aparición.

En cuanto á las chicas parecían más bien cohibidas y apresuráronse á arreglar un poco sus vestidos en desorden. Solo la Tribaldi conservó toda su tranquilidad y toda su dignidad de artista bajo sus joyas de Salomé.

Aquila estrechó la mano al príncipe de C... y al conde de H..., saludó con una sonrisa á las damas, sentóse á la vera de la Tribaldi y felicitóla enseguida por el enorme éxito que había alcanzado. Estaba Aquila tan hermosa que cuando se hubo sentado á la mesa, los

hombres allí presentes sintieron vergüenza de haber traído otras mujeres y haberse dejado seducir un poco por sus encantos. Parecía ella muy holgada y suplicó á los invitados no interrumpieran el curso natural de esa fiesta, pues si su presencia la turbaba no se consolaría de ello. Bebió á la salud del archiduque y cuidó de que no se detuviera la embriaguez que empezaba á dominarlos. Ella poco bebía y sin embargo afectaba extremado contento, lanzaba frases picantes, encendía cigarrillos que arrojaba casi inmediatamente después, trataba, en una palabra, de ponerse al nivel de las mujerzuelas de la Kriau. Y aquel espectáculo en que una gran dama se rebajaba al igual de las más vulgares cortesanas no disgustó en lo más mínimo á aquellos gentiles-hombres que, singularmente excitados por los nuevos licores que les habían servido, le aplaudían á Aquila sus peores excentricidades. El propio príncipe heredero, momentos antes tan moroso, empezó á mostrar un regocijo inusitado y holgábase sobremedera viendo á su altanera querida comportarse como una mujerzuela.

Impulsado no supo por qué demonio que súbitamente se le había metido adentro, acercósele y tuvo para con ella ademanes de soldado ebrio en el salón de una casa pública. Como las compañeras de aquellos señores se hallaban de nuevo despechugadas, Adolfo juró que su querida era la más bella de todas y que su seno no podía compararse á ningún otro seno en el mundo. Al decir esto degarró el corpiño de Aquila, quien no hizo ni un solo ademán de protesta, cerró los ojos y permaneció durante un momento inmóvil como si se hubiese convertido en piedra. Los hombres y las chicas contemplaron con entusiasmo aquellos senos de mármol...

— Decidme si no es este un seno de emperatriz, preguntó Adolfo que parecía haber perdido ya la cabeza.

Aquila abrió los ojos sombríos de fijo mirar y habló con tono tal que estaba su voz desconocida.

— Gracias, gracias por esa frase caricatura, monseñor!

Y volviéndose hacia la Tribaldi, díjole:

— Puesto que esta noche soy emperatriz nada podéis negarme... Desearía veros bailar vuestra « danza de Salomé. »

La Tribaldi se puso de pie enseguida y los hombres la rodearon. Estaba casi completamente desnuda bajo sus velos, su andar lascivo hacía sonar extrañamente sus oropeles y los escudos de bronce que le cubrían los senos. Los anillos de oro que llevaba en los tobillos producían extraña música cada vez que daba un paso. Los hombres rondaban en derredor de ella como bestias, mirándose mutuamente con ojos celosos, con ojos donde ardía un fulgor de locura. El sudor caía de las frentes, las respiraciones breves y jadeantes, las risas, muecas extrañas. La orgía llegada á tal extremo y en tan poco tiempo tenía algo de amenazador, de doloroso y de fatal... La misma Tribaldi, que también había bebido á la salud del príncipe, parecía haber perdido su sangre fría y mientras que un músico invisible arrancaba los acordes de la primera figura, ella levantó desde los primeros pasos sus piernas exaltadas.

La atmósfera estaba cargada de concupiscencia y de crimen.

Adolfo habíase quedado junto á Aquila y acariciaba á su querida en tanto que contemplaba la danza de la Tribaldi.

Y de pronto sólo se oyeron gritos inarticulados, gol-

pear de manos, música salvaje que conducía la danza de aquella carne joven que se pasmaba.

Luego detúvose de pronto la bailarina rechazando con los nerviosos brazos á los hombres que le gritaban jadeantes y con las manos extraviadas sobre su cuerpo: « Aun .. Más todavía! »

Jamás produjo la hija de Herodiades tan fulminante efecto sobre los sentidos de los espectadores desde que resucitó en el teatro... Aquello era ya delirio puro y casi carnicería. Una de aquellas damas aullaba, en un rincón donde la lanzó la rabia del archiduque, furioso porque le tapaba el espectáculo. Desgarróla al empujarla y volvió á donde Aquila con las manos y los ojos ensangrentados. Y también fué brutal con ella pues le apretó horriblemente un brazo. Pero Aquila no parecía advertirlo.

En aquel momento la Tribaldi tendía los brazos hacia el archiduque, como Salomé hacia Heródes Antipas. Iba á empezar la segunda figura de la danza y lanzaba continuamente el mismo grito: « Iokanaan!... Iokanaan!... Iokanaan!... » Reclamaba la cabeza del Bautista.

Como no podían dársela declaró que no podían continuar la danza si no le traían por lo menos un plato de plata.

Aquila se puso de pie.

— Esperad, díjole. *Tengo lo que necesitáis.*

Y pasó á la pieza donde la siguió el archiduque como un perro, prendido al vestido que desgarraba desde hacía rato con cuidado minucioso, pues sentía á la vez impulso salvaje de destruir y de estrechar, de poseer y de anonadar. Ya agonizaba... su boca echaba espuma; presentaba todos los síntomas de esos locos lúbricos que han tomado una dosis muy fuerte de cantárida.

Salieron, pues, juntos del comedor y enseguida la orgía se convirtió en furiosa locura. Produjose un choque terrible, un turbión de voluptuosidad y de muerte en derredor de la Tribaldi, que lanzó un gran grito de amor y de desesperación...

Juanillo no pudo ver más... Cerró la puertezuela de la izquierda tanto por pudor como por terror!...

Inmediatamente después oyó un ruido de lucha, un grito de agonía y abrió la puertezuela de la derecha que cerró instintivamente con un gesto de pánico... Horror!... Horror!... Horror!... Abrió inconscientemente la del centro, pues le faltaba el aire y vió al « infiel » de pie, trajeado de negro, con un plato de plata entre las manos inmóviles... el plato de plata de Juanillo!... Reconociólo el joven inmediatamente no obstante la confusión de sus ideas, pero no tuvo tiempo de pensar cómo había llegado su plato á manos del « infiel », pues se abrió la puerta y apareció Aquila en el umbral... extendiendo las manos ensangrentadas...

— Horror!... Horror!... Horror!...

Juanillo cerró de nuevo la puerta del centro y como necesitaba en medio de su emoción terrible respirar aire, resolvió, huyendo de la visión de la derecha y de la visión del centro, volver á contemplar la visión de la izquierda...

Volvióse pues hacia el comedor. Allí reinaba un tumulto indescriptible, una pelea orgiaca que cesó como por encanto cuando avanzó á pasos lentos, apartando las parejas que obstruían su marcha fantasmagórica, la baronesa de Aquila, desnuda entre los jirones de su vestido de gala, con los brazos y el seno cubiertos de sangre bermeja, tendiéndole á Salomé, en un plato de plata, *lo que ella necesitaba para continuar su danza ..*

- Una cabeza!...
- Una cabeza recién cortada!...
- La cabeza del archiduque Adolfo... del príncipe heredero de la corona de Austrasia!...

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PRÓLOGO	1
I. Reinaldo	4
II. Sarao íntimo en la Embajada de Austrasia	9
III. Lo que encontró Reinaldo en los corredores de la Embajada de Austrasia.	20
IV. La risa de la reina	25

LIBRO PRIMERO

Los misterios de la cripta.

I. Las tres Marias del Mar.	35
II. Dentro de la cripta	50
III. Donde se ve cómo Juanillo empieza á arrepentirse de su excesiva curiosidad	68
IV. Siguiendo á una estrella	85
V. Hacia el abismo	95

LIBRO SEGUNDO

Duendes y gnomos de la Selva negra.

I. La diligencia del Valle del Infierno	107
II. Las muñecas.	128
III. Dos antiguos camaradas.	142